

¿HACIA DÓNDE DIRIGIMOS EL MISIL?

Hacia una conciencia real sobre el significado de guerra y paz.

En el presente escrito intentaré arribar a la reflexión sobre el concepto de “guerra” en los seres humanos, ya sea en relación con los enfrentamientos que se suscitan en circunstancias ordinarias y cotidianas, como en situaciones extraordinarias y extremas. Particularmente, no resultará una lectura convencional como el lector pueda esperar; no hablaré sobre el conflicto bélico actual en Ucrania, por ejemplo, como tampoco desarrollaré sobre circunstancias históricas, geopolíticas ni económicas.

El objetivo de las presentes líneas es invitar a los ciudadanos a meditar introspectivamente sobre sí, en relación con el conflicto y la paz en nosotros como seres humanos sin inmiscuirnos en una discusión política irresponsable. La sobre sobrecarga de información mediática y amarillista respecto a los enfrentamientos bélicos ha adentrado en una etapa que, en hora buena, resulta obsoleta. Si lo que realmente anhelamos es poner fin a la destrucción en la humanidad y el planeta, sobreviene necesario viajar hacia la inversa, dejando de estudiar los hechos aberrantes como ajenos y externos. Como ciudadanos, es hora de responsabilizarnos de nuestras propias estructuras de pensamiento y comportamiento para que, una vez que reconozcamos esa pugna interna que habita en nosotros, alcancemos a poner fin a la verdadera causa que manifiesta las atrocidades que hoy conocemos como “guerra”.

En mi experiencia personal, y seguramente en la gran parte de los ciudadanos, he crecido en un contexto social donde la información recibida ha estado polarizada, encontrándose afuera los autores las desgracias. Siempre me han indicado que existen los malos y los buenos, los capitalistas y los comunistas, los demócratas y los republicanos, los unitarios y los federales, los católicos y los protestantes y, así, sucesivamente. La “verdad” siempre ha sido contada según el escenario en el que hemos nacido, encontrándonos condicionados a seguir determinadas líneas de pensamientos consideradas como “las correctas”. Sin embargo, me tomo el atrevimiento de afirmar que dicha creencia es completamente absurda y que la única consecuencia que genera es únicamente una marcada limitación en la humanidad y una mayor separación.

Creer en un ámbito educativo, social y familiar que imparte la idea de que determinado grupo político y/o creencias son inequívocas e intachables y que otras son indeseables, provoca una división que alimenta la ilusión de superación que, inexorablemente, desencadena el rechazo, el odio y la violencia. Obviamente, resulta más asequible colocar las responsabilidades fuera y comportarnos como niños que ruegan por un Estado padre protector que responda a nuestras penosidades o, asimismo, como adolescentes rebeldes llenos de rabia que reclaman por una mayor “libertad”. Este tipo de comportamientos, que se pueden observar de manera obvia en nosotros, han sido impetrados y retroalimentados de generación en generación, no hacen otra cosa que adormecernos y limitarnos como personas.

Poner nuestra atención en los horrores extraordinarios que circundan, y convertirnos en parladores esquizofrénicos defendiendo verdades absolutas, ya nos ha demostrado que no alcanza a lo que conocemos como “paz”, si es que tenemos una mínima pizca del concepto real de su significado.

Ahora bien, me gustaría invitarlos a reflexionar sobre qué es la guerra para ustedes en verdad. Si repetimos el concepto en nuestras cabezas seguramente se nos representarán estados emocionales discordantes como el odio, la venganza, el temor. Sensaciones que, insoslayablemente, nos colocan en un constante estado de contracción y desavenencia, cuyas principales y perceptibles consecuencias es el impulso a imponer en el afuera un control que nos aliviane ese temor hacia la pérdida y nos congratule como ganadores. De esta manera, estaremos habilitados para cobrar aliento y continuar tranquilos sin la amenaza del “rival”. Pero, ¿se encuentra realmente nuestro enemigo afuera? o, ¿acaso no es el “otro” más que una representación de nuestra propio desequilibrio y disconformidad interna?

Por otra parte, me pregunto, ¿resulta el enfrentamiento entre bloques de países y/o comunidades la razón de las guerras? ¿es el bombardeo hacia un grupo o sitio específico su verdadero concepto?

La intención de estas preguntas no es aportar una respuesta, lejos estoy de dominarla; no obstante, quizá es necesario que nos dirijamos más allá y reflexionemos sobre la posibilidad de que ello no sea más que una representación de la rivalidad interna de los humanos con nuestro propio ego. Puede que un miedo a no ser reconocidos, a que nuestra “verdad” no sea dicha, nos esté conduciendo a alcanzar esa ilusión de control y poder que nos “asegure” la existencia. Es que, ese comportamiento en el que gritamos a viva voz, ¡dónde está lo mío!, se sumerge en aguas internas tan sutiles y ciegas que pueden resultar hasta imposibles de percibir.

Sin embargo, si seguimos la trayectoria del misil en dirección inversa, probablemente obtengamos mas información sobre su origen y no estaremos limitados al sitio donde cae y lo que allí destruye. Así, los invito a reflexionar en vuestro día a día, a observar nuestros patrones de pensamiento y comportamiento para poder concientizar los conflictos internos que nos conducen a manifestar esos desencadenamientos finales que definimos como enfrentamientos. En línea con ello, es importante aclarar que cuando hablo de responsabilizarnos, me refiero a buscar hacer consciente la relación contigo y, en consecuencia, con absolutamente todo lo que nos rodea.

Si bien lejos estoy en sostener la utopía de que con ello fácilmente acabaremos con las atrocidades que a lo largo de los siglos unos pocos han buscado mantener, sí considero que en la concientización y en la disciplina de nuestro ego encontraremos gran parte de las respuestas del origen del “misil”. De lo contrario, dormiremos en la convicción de que la guerra como tal no empieza ni termina, sino que lo que finaliza son sus manifestaciones.